

El otro Amuay

El Nacional, 1956-10-27.

Para la mayoría de los venezolanos, Amuay existe sólo desde hace diez años para acá, cuando pioneros de la industria venezolana comenzaron a poner cimientos al gigantesco alambique de petróleo que es la Refinería de Amuay. Pero Amuay es un nombre indígena que todavía sigue diciendo en lengua caquetía, aunque sus hijos lo hayan olvidado del todo hace muchos años: "región de los vientos y las aguas encontradas". Y el poblado que se llama así desde mucho antes de nacer Colón vive en sus hijos y en los que han ido llegando después, hasta los margariteños de hoy, echado en una preciosa playa de pescadores.

Amuay, o Amuaycito, como lo llaman también para distinguirlo del otro gigante de acero que está a unos 10 kilómetros en la misma orilla de la bahía de Amuay, forma parte del municipio de Los Taques, que comprende los caseríos de Amuay, Punta de Los Taque o Villa Marina, Guanadito, Cununjacota, El Tacal, Jayana y El Hoyo. El asiento del pueblo es un istmo, un cuello estrecho de arena sembrado de cordoncitos y algún que otro cuji peinado por la brisa. Los límites del poblado son dos puntas: la que llaman El Cabito o La Puntica, al oeste, donde llegan, muchas familias a pasar su tarde de domingo con sus canastas llenas de comida ("sin ningún beneficio para el comercio local", se quejan), y la Punta de Amuay que lo separa de Los Taques.

Con ocasión del último censo hecho para solicitar un dispensario médico, los vecinos que formaban la comisión contaron alrededor de 200 casas. Están regadas sobre el amarillo-blanco de la arena dejando entre sí grandes espacios abiertos, para que la brisa corra libremente, como en el mar. Y hablando con el viento que silba en los aleros de zinc y los huecos de tejas y los rotos de tierra pisada, hay ancianos sentados a la sombra de sus casitas, niños jugando en los botes varados en la playa, mujeres asomando a las puertas y hombres reparando sus tenes de pesca extendidos en la orilla del mar o sentados bajo las enramaditas de palma de coco, y toda la playa amarilla de dos vertientes, como un corredorcito entre dos aguas, cargando aquel sol casi blanco, de siesta.

"La vida del pueblo es la pesquería". Hay unos quince negocitos de pulpería y botiquín por todo comercio. Un negocio de fiado que no ha hecho rico a nadie, porque los días sin pescado suman a fin de año más que los días de pesca regular, y este es un trabajo que no rinde utilidades ni paga pensiones ni da derecho a ningún seguro social. Pero los negocitos se mantienen ahí, medio de azúcar, un litro de kerosén, un centavo de sal, al mismo ritmo lento de esta gente que sale a la mar todas las mañanas del año.

Una buena parte de la población de Amuay es margariteña. Todos los años se van por la festividad de la Virgen del Valle a visitar sus familiares por un mes y regresan de nuevo a éste su oficio de emigrar de su isleta y pescar dondequiera que están. Hay unos quince barquitos de a cada seis o siete hombres y unas 30 lanchas y botes más pequeños

con tripulaciones de a tres y cuatro. En total salen a pescar en embarcaciones unos 200 hombres. El resto, hasta unos 1.800 habitantes, son ancianos, mujeres y niños. Es la proporción mantenida de cinco y seis niños por familia, y a veces hasta ocho y hasta diez. La mayoría vive en casitas de tierra con techos de zinc y alguno de teja, pero hay también quienes viven bajo las mismas enramadas de palma donde reparan sus redes y echan sus cachos o en el mismo bote en que salen a pescar.

Jesús González es un margariteño que duerme en la misma lancha "San Fredo" ("¿Qué santo es éste?", pregunté. "Ese –me dijeron dos pescadores, que juntos no sabían leer una "a"– como que debe ser "San Pedro"), varada en la playa, en que se hace todas las mañanas, tempranito, a la mar. Acaban de "arreglarlo" por 50 bolívares por toda la semana de trabajo. El forma parte de un grupo de cinco hombres. La mitad de lo que pescan es para la embarcación y redes ("que también pescan"), y el resto lo distribuyen en partes iguales. Aunque González no come sino funche y pescado mañana, mediodía y noche, los 50 bolívares no le alcanzan para hacer muchos ahorros. Y los necesita, porque no es solo. Tiene a su mujer en Millanes, tejiendo hilo de alpargata ("si no se lo han quitado ya"), porque también lo iban a criar los tres hijos que han tenido entre los dos. Por eso, para enviarle unos pocos reales a su familia, González no paga, aparte de harina, aceite y sal, ni los dos bolívares que piden en Amuay por la pipa de agua que traen en camión desde la caja de agua, y va a buscarla en bote hasta Las Piedras.

Lo que se está pescando ahora cerca de la costa es carite, que también llaman rey; es una pesca a motor que se hace "a lo vivo", con carnada de sardina viva. Las lanchas salen a las tres o cuatro de la madrugada y regresan de acuerdo con el pescado que hacen. Si muerde bien, "hasta que se termina la sardina". La pesca a lo vivo más corriente hasta fin de año es la del carite, pero de enero en adelante se pescan la lisa y el jurel con mucha abundancia, y es la mejor época para los trenes de pesca.

El mar es un campo incierto que depende sólo de la experiencia de los hombres de mar y la regularidad del instinto en los peces. Por eso, la vida del pescador es siempre tan azarosa y su temperamento tan poco previsor. Pero en Amuay hay una pequeña industria manual de conserva que me llamó la atención. Abren las anchoas las lisas y las chicharras por la mitad, las salan y las ponen al sol durante un día o dos. Así el pescado dura muy bien más de un mes.

Pero a excepción de este pequeño arbitrio, el pescado hay que venderlo fresco. Vienen a buscarlo en camiones-cavas que lo llevan a Caracas, "enyladito", el precio que pague el comprador del camión.

Un pueblo que depende de una economía tan incierta y pobre no tiene carnicería, ni una venta de legumbres y frutas. Apenas si alguna que otra vez, si hay con qué, se consigue carne en una camioneta que llega desde Los Teques. La gente come carite y pargo, salcochado o frito, "según pida al buche". Pero los caprichos no pueden alcanzar mucho más allá. Me decía Lilia de Granadillo, maestra municipal del caserío, que la razón más grave de la inasistencia escolar era la desnutrición de los niños. Muchos padres no mandan a sus hijos a la escuela porque no tienen desayuno que darles; porque el andar sin zapatos allá no es un problema. Y proponía ella como la medida más urgente la creación de un comedor escolar.

Pero hay otros problemas fundamentales. En Amuay no hay ni luz ni agua. Sólo disfrutan de energía eléctrica unas quince casas de las más acomodadas que pueden pagar una pequeña planta a razón de 15 bolívares al mes, que para sólo luz en una familia de pescadores como aquellas es demasiado. El agua traen en camiones-tanques la venden a 2 bolívares la pipa, y hay que ver las que hacen falta para cocinar, lavar la ropa y medio bañar a esos muchachos durante un mes. El alquiler de las casitas anda por los 50 bolívares mensuales, que no es una rentota que se diga para Punto Fijo, pero es un dogal al cuello para los que se hacen a la mar en Amuay todos los días.

Hay dos escuelas en el pueblo: una municipal, con capacidad para unos 50 alumnos de 1º y 2º grados, y una federal, para 3º y 4º, de más o menos el mismo cupo. Quedan muchos niños sin escuela, bien sea porque no tienen ropas que ponerse o desayuno que comer, y también porque las piecitas que sirven de aulas son muy pequeñas.

Además de éste, y los problemas de luz y agua, hay en Amuay la urgente necesidad de un dispensario médico, que tampoco existe, una farmacia y un médico donde recurrir en casos de urgencia, que se presentan muchos donde hay tanto niño pequeño.

Y sin embargo, a pesar de los graves problemas que confronta la existencia de este bonito poblado de pescadores, este sábado en la tarde llegaba Quico desde Punto Fijo, con su mundo de cine cargado en una camioneta, como un mago de ilusión armado de una cámara de 16 milímetros donde transporta a los niños y los grandes de Amuaycito a un mundo de escena que es un descanso para sus calamidades. Pero puede que este sábado haya sido el último. Es muy probable que Quico falte de Amuay en mucho tiempo, porque el bolívar o tres reales que cobra Quico por ver la película, "a según y como sea", no dan para acondicionar un nuevo local, y el viejo corralito con muro encalado que ha usado durante un tiempo se está convirtiendo en una casita que rentará 50 bolívares al mes.